REALIDAD Y FANTASÍA EN ALGUNOS PERSONAJES DEL *QUIJOTE.* MARITORNES-DONCELLA DEL CASTILLO, DOROTEA-PRINCESA MICOMICONA, ALDONZA-DULCINEA

FELICIANA Mº J. PALACIOS MARTÍNEZ

Doctora en Filología Románica. Catedrática de Instituto. Valencia

Tuve mis dudas antes de decidir hacer este trabajo, pues el estudio de cualquier aspecto que se refiera al *Quijote* tiene el riesgo de perderse en el laberinto de sus significaciones y ramificaciones, todas sugestivas. Y si nos adentramos en la bibliografía, podemos empezar a entender algo de la opinión de Unamuno (siempre extremado él) relativa a acabar con los cervantistas[1]. Naturalmente, no estamos de acuerdo. Cada nueva lectura puede suponer una nueva significación. Así, quiero aportar mi granito de arena y tratar de transmitir alguna de las múltiples que la obra me sugiere. Confieso que uno de los aspectos de la novela que más me ha interesado es el juego constante entre ser y parecer, literatura y vida, fantasía y realidad, poesía e historia o imaginación y experiencia. En el vasto conjunto de episodios y personajes hay una gran tensión y equilibrio de opuestos. Es una visión de lo que nos rodea que no se agota con un solo punto de vista sino que presenta dos o más perspectivas. El mundo del *Quijote* oscila y evoluciona constantemente. Esta evolución afecta a los personajes, especialmente a don Quijote y a Sancho. También a su forma de contemplar a los otros. Una diferencia que es considerable de la primera a la segunda parte.

Vamos a centrarnos en Maritornes, Dorotea y Dulcinea. Los dos primeros se manifiestan en la primera parte. El tercero es una presencia, un *leit-motiv* que progresivamente va adquiriendo mayor fuerza. También observamos que la realidad en la descripción de Maritornes prevalece y es más fuerte que la idealización de don Quijote. En el caso de Dorotea podríamos hablar de cierto equilibrio entre el mundo real en el que aparece como doncella seducida que huye de la casa paterna y el caballeresco imaginado (princesa Micomicona), ardid del cura para hacer regresar a don Quijote a la aldea. El espacio de Maritornes es la venta. Allí la vemos

1 Don Miguel de Unamuno quisiera poner a cervantes por debajo de su creación y propugna terminar con todo el universo de cervantistas para centrarse en la inmortal criatura.

por vez primera y de allí no se mueve. Un espacio cerrado y aglutinante en el que se encontrarán para un final feliz enamorados (Cardenio y Luscinda, Fernando y Dorotea, Luis y Clara), familiares (cautivo y oidor), etc. La sirvienta asturiana es un personaje más estático; tiene poca iniciativa, salvo en alguna ocasión, mientras que la enamorada del duque es esencialmente dinámica, se disfraza y escapa, hace su peregrinaje (en cierto sentido purificador y que la redime de su anterior yerro) y participa en la acción; se desenvuelve muy bien y resulta convincente en el papel que le han asignado, casi hasta el final. Los escenarios, en este caso, son más abiertos, aunque no tanto como en el de Dulcinea cuya presencia es, por así decirlo, invasora. Domina toda la novela. El Toboso es sólo una referencia, un punto de arranque que proporciona entidad a Aldonza, especialmente en la descripción, inventada por Sancho, del momento de entrega de la carta olvidada.

Decimos invasora porque vive constantemente en el pensamiento de don Quijote y ocupa toda la segunda parte de la obra. Así, queremos insistir en ello, de Maritornes a Dulcinea, el autor va de mayor a menor realidad y de menor a mayor fantasía. También observamos cómo hay diferencias y gradación en el tratamiento del tema del amor y de la belleza. En el caso de Maritornes destaca su fealdad deteniéndose en detalles negativos para concluir que "pudieran hacer vomitar a otro que no fuera arriero". Con él se había citado la asturiana y "concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos, y ella le había dado su palabra de que, en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos le iría a buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase". El texto no ofrece ninguna duda. Dorotea, en cambio, es una belleza que cede a la insistencia y protestas de amor con promesa de matrimonio del poderoso que rápidamente la olvida. Un caso más de donjuanismo. Finalmente, el amor ideal platónico y caballeresco de don Quijote a Dulcinea. Así, gradación también en el amor. Del intento de encuentro sexual al puramente idealizado pasando por el convenientemente correspondido y ratificado con el matrimonio[2].

> Tentóle luego la camisa, y, aunque ella era de arpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal […]. Los cabellos, que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mesmo sol escurecía. Y el aliento, que, sin duda alguna, olía a ensalada fiambre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y, finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros de la otra princesa

2 El matrimonio de don Fernando y Luscinda no se ha consumado. En el episodio de la venta aquel es considerado como el esposo de Dorotea ya que ésta ha sido seducida bajo promesa de matrimonio. Esta regla se tiene muy presente en la comedia barroca.

que vino a ver el mal ferido caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. (I, cap .16, págs. 159 y 160)

Durante la segunda estancia en la venta, Maritornes y la hija del ventero estimulan la imaginación caballeresca de nuestro héroe. Ahora, la asturiana no es la hija del señor del castillo sino una dueña. La doncella le pide acercarse y el pobre caballero, que hace guardia evocando a su señora, cree, nuevamente, en un posible peligro a la fidelidad que a ella le debe y, nuevamente, la rechaza. El papel de Maritornes ha cambiado. Ya no es protagonista pasiva que forcejea por desasirse. Interviene en la aventura. El contraste entre el aspecto del caballero tan poco adecuado para inspirar amores y su ciega creencia en que todo sucede como lo ha leído en los libros resulta patético y doloroso a la vez. Este contraste es una de las fuentes de humor de la obra, un humor con tintes melancólicos que nos desazona. Hay un gran desajuste entre lo que es y lo que pretende ser. Pero ¿no es, acaso, esta voluntad de ser uno de los mayores logros de la novela? Él hará lo que sea por la doncella que lo solicite excepto ser infiel a su Dulcinea:

Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no queráis, con significarme más vuestros deseos, que yo me muestre más desagradecido y si del amor que me tenéis halláis en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela; que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía de dárosla encontinente, si bien me pidiésedes unas guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, o ya los mesmos rayos del sol, encerrados en una redoma.

-No ha menester nada deso mi señora, señor caballero –dijo a este punto Maritornes. -Pues ¿qué ha menester […]

Solo una de vuestras hermosas manos […] por poder desahogar el gran deseo que a este agujero la ha traído, tan a peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja (I, cap. 43,pàgs. 479 y 480).

Observemos la frase con la que concluye Maritornes sin duda algo fatigada ya del moderado lenguaje que como dueña le correspondía. Los paralelismos entre los dos momentos en la venta-castillo son evidentes: el pretendido enamoramiento de la doncella, el descalabro de don Quijote (puñada del arriero y treta de Maritornes que lo deja colgado de la muñeca), el recurso de los encantamientos (aunque sabemos que Rocinante no se mueve porque es de natural sosegado), el manteamiento de Sancho por el ventero y sus secuaces y palos propinados a aquel por los que pretendían marcharse sin pagar, etc. No todos se muestran incrédulos ante el valor y oficio del hidalgo y solicitan su intervención:

-Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dio a mi pobre padre; que dos malos hombres le están moliendo como a cibera.

A lo cual respondió don Quijote muy de espacio y con mucha flema:

-Fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra petición, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima a una en que mi palabra me ha puesto (I, cap. 44, pág. 488).

Queremos finalizar este apartado con la discusión a propósito de la bacía o yelmo y la albarda o jaez y que da lugar a otra pelea. La anterior terminó con la voz del cuadrillero de la Santa Hermandad y ésta con la de don Quijote que se cree en la discordia del campo de Agramante: "Ténganse todos; todos envainen; todos se sosieguen, oíganme todos, si todos quieren quedar con vida" (Pág. 497).

Vayamos a la visión pormenorizada de Dorotea. Se nos presenta vestida de zagal y se nos van describiendo partes de su cuerpo por este orden: pies, piernas, rostro, cabellos, manos. Excepto en el caso de la cara que valora globalmente hablando de su hermosura y del color rubio de su pelo, en el resto se sirve de comparaciones que se hicieron tópicas en el Renacimiento y el Barroco (recordemos a Góngora que habla del pie que Galatea introduce en el río diciendo que se juntaban cristal sonoro y cristal mudo) y así, Cervantes también nombra al cristal, al alabastro, a los rayos del sol y a la nieve. Pero el estilo es más sosegado y no elude el término real. Las manos son blancas como la nieve y los cabellos brillan como los rayos del sol. Maritornes sirve en la venta.

Dorotea es señora de la hacienda de sus padres, ordena a los criados, administra sus bienes, cose, hila, lee (libros devotos, naturalmente, aunque luego veremos que también está versada en caballerías) y toca el arpa ¿Puede pedirse más? De grandes prendas pero de inferior condición social respecto al duque. Como en la comedia barroca trata de encontrarse con don Fernando y de recuperarlo. Su condición personal y social es sensiblemente superior a la de Maritornes. Dentro de su clase, la consideraríamos hoy una mujer de nivel 10. Hay idealización de la misma realidad. Ante el relato de sus desventuras, Cardenio le ofrece su ayuda "por la fe de caballero y de cristiano" y el cura encuentra la ocasión pintiparada para, a través de Dorotea, llevar a don Quijote a la aldea, pues ella hará el papel de "doncella menesterosa" mucho mejor que el barbero y así, dice a Sancho, admirado de la belleza de Dorotea, ya en traje de mujer:

-Esta hermosa señora […] es la heredera por línea recta de varón del gran reino de Micomi desfaga un tuerto o agravio que un mal gigante le tiene fecho; y a la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido a buscarle esa princesa (I, cap. 29, pág. 316).

A don Quijote se le dará ya la realidad transformada, pues él la verá como princesa siempre y tendrá con Sancho dos grandes peleas. La primera surge por negarse el caballero al matrimonio a causa de la fe debida a Dulcinea y la segunda cuando Sancho descubre que la tal princesa no lo es, pues su inadecuado comportamiento la delata:

-Voto a mí, y juro a mí, que no tiene vuestra merced, señor don Quijote, cabal juicio. Pues ¿cómo es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquésta? […] ¿Es, por dicha, más hermosa mi señora Dulcinea ¿No, por cierto, ni aún con la mitad, y aun estoy por decir que no llega a su zapato de la que está delante […] Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir; y, alzando el lanzón […] le dio tales dos palos, que dio con él en tierra […]

-Pensáis –le dijo a cabo de rato- que ha de haber lugar siempre para ponerme mano en la horcajadura y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo ? […] ¿ Y no sabéis vos, gañán, faquín, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yo para matar una pulga? (I, cap. 30, pág.331).

-No es eso, ¡pecador fui yo a Dios! -respondió Sancho-; sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicón no lo es más que mi madre; porque a ser lo que ella dice, no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda […] Esto digo, señor porque, si al cabo de haber andado caminos y carreras […], ha de venir a recoger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme priesa a que ensille a Rocinante […]

-¡Oh bellaco, villano, mal mirado, descompuesto […] murmurado y maldiciente! ¿Tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas confusa imaginación? (I, c.46, p.505)

En ambos casos don Quijote se encoleriza, pero perdona a Sancho y ese "hocicar" que percibió el escudero acaba siendo obra de encantadores y como conviene *no meneallo* lo deja estar aunque, insiste, no fue así en el caso del manteamiento ¿Cree, de verdad, el escudero en los tan traídos y llevados encantos? Pensamos que no. Ante el peligro de que fuera descubierta tanta superchería y también por el último alboroto desarrollado en la venta, el cura decide abreviar el tiempo de espera para el traslado de don Quijote a la aldea. Cuando llevan a su amo en una

carreta razona con él y niega que vaya encantado; reconoce al autor del engaño y abiertamente se lo dice.

Fijémonos ahora con más detenimiento en Dulcinea. Desde el primer momento se nos revela como necesaria a la vida de un caballero porque si careciera este de "amores era árbol sin hojas y sin frutos, cuerpo sin alma". Sin embargo, al principio, sus actos de enamorado andante parecen gobernados por el azar. Es a partir del instante en que decide hacer penitencia a imitación de Amadís y ponerse en contacto con su amada a través de una carta cuando la figura de esta se va agrandando. Una carta en la que hay acumulación de despropósitos. Sancho es el encargado de llevar la misiva a una dama que (lo sabremos después) no sabe leer ni escribir. He aquí la única realidad: la epístola escrita por don Quijote y el olvido de la misma por parte del escudero. El resto, traslado de esta hecho desde la memoria, entrega, encuentro con Dulcinea, etc., depende de la fantasía de Sancho. Y a partir de esta creación, vendrán de su mano momentos inolvidables pues el escudero tendrá que proporcionar una realidad a su mentira urdida: el encantamiento. Él no ha ido al Toboso, no ha visto a Dulcinea aunque la ha descrito tal como la concibe. Y ese rebajar constante del criado es transformado por el amo en un enaltecimiento de su dama contra viento y marea:

> Soberana y alta señora:
>
> El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima dulcinea del Toboso, te envía la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia […], si tus desdenes son en mi afincamiento[…]mal podré sostenerme en esta cuita, que , además de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación […]del modo que por tu causa quedo: si gustaras de acorrerme, tuyo soy; y si no, haz lo que te viniere en gusto […]Tuyo hasta la muerte, EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA (i, CAP. 25, Págs. 268 y 269).
>
> -Y ¿tiénesla todavía en la memoria, Sancho? –dijo don Quijote.
>
> –No, señor -respondió Sancho-, porque después que la di, como vi que no había de ser de más provecho di en olvidalla; y si de algo se me acuerda, es aquello del sobajada, digo, del soberana señora, y lo último: Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura. Y en medio destas dos cosas le puse más de trecientas almas, y vidas y ojos míos.. […] Prosigue adelante –dijo don Quijote-. Llegaste, ¿ y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, o bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero.

-No la hallé -respondió Sancho- sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral […] Pero, no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor sábeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno que no acierto a d. n.? […] –Lo que sé decir –dijo Sancho—es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.

-No sería eso –respondió don Quijote -; sino que tú debías de estar romadizado, o te debiste de oler a ti mismo; […] Pero dime: ¿qué joya fue la que te dio al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros. […]

-Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debió de ser en los tiempos pasados; que ahora solo se debe de acostumbrar a dar un pedazo de pan y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea, por las bardas de un corral, […].

- Es liberal en extremo –dijo don Quijote--; y si no te dio joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí a mano para dártela (I, caps. 30 y 31, págs. 335, 36, 37 y 38).

Hay un constante movimiento pendular, de soberana a sobajada, de olor sábeo a olor hombruno, de joya que debió dar en albricias a pan y queso por las bardas del corral. Un ir y volver desde la realidad inventada a la realidad sublimada. Cuando (ya en la segunda parte) van escudero y caballero camino del Toboso pues este debe recibir la bendición de su amada, evocan el fingido encuentro y el lugar jamás pisado. Nuevamente salen a relucir las famosas bardas que para don Quijote no "debían de ser sino galerías, o corredores, o lonjas, o como las llaman, de ricos y reales palacios". Tras considerar que era imprudente que los cogieran al alba merodeando, el caballero decide esperar (es la esperanza lo que constantemente lo mantiene), esperar emboscado y enviar a Sancho delante a prevenir a su señora. Pero ¿cómo llevar a don Quijote hasta los alcázares o el palacio de Dulcinea? Jamás la ha visto. En su inventada descripción, pensaba en Aldonza, alta y de potente voz, *ahechando"* trigo. Pero su amo fue desbaratando esta imagen y colocando en su lugar a una encumbrada señora. En esta difícil encrucijada, ve aparecer a tres aldeanas y tiene la idea del encantamiento. A partir de este momento, la identidad de Dulcinea cambia; ya no corresponde a la hija de Lorenzo Corchuelo. Ya no se vuelve a nombrar a Aldonza. Este recuerdo idealizado desaparece y, en su lugar está, definitivamente, la mujer ideal construida por don Quijote, la mujer mítica, perfecta que comienza en el momento en que su escudero la señala en la aldeana diciéndole que es Dulcinea encantada. Ya es real, no un recuerdo del pasado, es parte del mundo que contempla don Quijote:

A esta sazón ya se había puesto don Quijote de hinojos junto a Sancho y miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora, y como no descubría en ella sino a una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios (II, cap.10, pág.649).

En el futuro la verá así y así la sueña en la cueva de Montesinos:

Pero qué dirás cuando te diga yo ahora cómo, entre otras cosas y maravillas que me mostró Montesinos […] me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hube visto, cuando reconocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos… […] Pregunté a Montesinos si las conocía; respondióme que no (II, cap.23, pág. 758).

Ya está materializada Dulcinea de nuevo; esta vez por don Quijote. Hay una confirmación de su encantamiento por parte de Montesinos, aunque este no lo diga taxativamente. Aquel sigue buscando certezas respecto a este asunto y preguntará primero al mono adivino y después a la cabeza encantada si "fue verdad o fue sueño" lo de la cueva de Montesinos:

-El mono dice que parte de las cosas que vuestra merced vio, o pasó, en la dicha cueva son falsas, y parte verosímiles (II, cap. 25, pág. 777).

-Dime tú, el que respondes: ¿fue verdad o fue sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea?

-A lo de la cueva –respondieron- hay mucho que decir: de todo tiene; los azotes de Sancho irán de espacio; el desencanto de Dulcinea llegará a debida ejecución.

Son los otros, Sancho el primero, los que dan fe de la existencia de Dulcinea y el que ha urdido el embuste del encanto sufrirá las iras de don Quijote por negarse al desencanto del que habla Merlín y que ha de realizarse a costa de sus posaderas: nada menos que tres mil trescientos azotes.

En todo este mundo de opuestos percibimos una gran complejidad perfectamente organizada, llena de antítesis y simetrías. A través de él, Cervantes nos enfrenta ante el eterno problema de saber distinguir entre la verdad y la imagen de la verdad, entre el ser y el parecer, entre la realidad y el ensueño. Nos conmueve este ser en conflicto permanente con el mundo que le rodea, habitualmente adverso y casi lamentamos su vuelta a la cordura al mismo tiempo que constatamos que sus sueños, como los nuestros, son, seguramente, de realización imposible.

BIBLIOGRAFÍA

Castro, Américo, *Hacia Cervantes*. Madrid: Taurus, 1967.

Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de La Mancha*. Barcelona: E. Planeta, S.A., 1975

Maeztu, Ramiro de, *Don Quijote, Don Juan y La Celestina*. Madrid: Espasa Calpe, Colección Austral, nº 31, 1962.

Rosales, Luis, *Cervantes y la libertad*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica. Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985.

Río, Ángel del, *Historia de la Literatura Española (I)*. New York: Holt, Rinehart and Winston, 1963.

Spitzer, Leo, "Perspectivismo Lingüístico en *El Quijote*", *Lingüística e Historia Literaria*. Madrid: Gredos, 1968.